

que he descubierto en el alma de usted. (Se oprime los ojos con la palma de la mano.) Veo lo que no veía... algo que me perturba y me desconcierta. (Destapándose los ojos.) Pero no importa... Cumpliré como debo... Usted no entiende esto, Casandra. Son contratiempos de abogado. Las ideas luchan en nosotros... nos hunden... nos levantan.

LA HERMANA DE LA CARIDAD

Un señor, que desea hablarte...

CASANDRA

Visitas de curiosos ó de periodistas, ya sabe usted que no quiero, Hermana.

LA HERMANA

Es un señor de campanillas, digo, de mucho respeto: el señor de Cebrián.

RIOS, vivamente.

Recíbale usted.

CASANDRA, suspensa, temerosa.

¡Cebrián!... Ver á ese hombre es ver á doña Juana.

RIOS

Tenga usted valor y sobrepóngase á su repugnancia. Lo que ese señor diga, lo que traiga, ya en su intención, ya en su palabra, es forzoso que lo sepamos. Si hace preguntas referentes al hecho del sumario, niéguese usted á responderle... Sí, Hermana, que pase ese señor. Yo me retiro... Hasta mañana. (Salen.)

ESCENA IX

CASANDRA.—CEBRIAN

CEBRIAN, cortés, severo, compasivo, respetuoso con la desgracia.

Diría que se ha turbado usted al verme, y que mi voz y mi presencia le causan alguna desazón... Tranquilícese. Lo que hoy aquí me trae no debe ser para usted motivo de mayor pena; más bien lo será de consuelo. No soy de los que visitan á los procesados para consolarlos con vanos melindres sentimentales, que debilitan sus almas quitándoles espacio y energía para el arrepentimiento. (Casandra continúa muda. Cebrián saca de su bolsillo el sobre que contiene los diez billetes de mil pesetas enviados por doña Juana á Casandra, y que ésta devolvió á la señora.) ¿Conoce usted esto? (Muestra los billetes.) ¿Y esto?

CASANDRA, estupefacta.

Sí, señor... Me lo entregó Rosaura... lo devolví á... le dije que me lo guardara.

CEBRIAN

Yo lo encontré en el cajón de la mesita... de aquella mesita... En una palabra, me consta que este dinero es de usted. Cuando la señora me lo pidió indicándome su destino, yo metí los billetes en ese sobre... La señora escribió... ésta es su letra... "Para Casandra... Como soy extremadamente riguroso en cuestiones de de-

recho, y entiendo que no puede haber duda sobre la propiedad de estos billetes, vengo á entregarlos á su legítima dueña...

CASANDRA, poseída de un terror supersticioso.

¡Ah... no, señor...! Mis manos no tocarán ese dinero, no deben tocarlo. (Vuelve su rostro: no quiere ver el sobre que Cebrián le ofrece.)

CEBRIAN

Insisto en que á usted pertenece. Cada cual debe poseer y guardar lo suyo. (Casandra da un golpe enérgicamente con la cabeza.) Ese rostro demudado, ese mirar medroso, me revelan un estado de conciencia que tengo por saludable. Espejo son sus ojos que devuelven á usted imágenes horribles de sí misma. Ellos me revelan las angustias de su corazón, punzado y herido por un agudísimo remordimiento... ¿Me permite usted que le proponga el remedio de ese martirio?... Pues para que la paz entre en su conciencia, dedique este dinero á sufragios por el alma de la santa señora.

CASANDRA, recobrando lentamente el dominio de sí misma.

Si la señora es santa, no necesita sufragios.

CEBRIAN

Necesítelos ó no, que eso no podemos saberlo, yo aseguro que la señora ruega por usted y á la Divina Gracia la encomienda, para que inspire á usted la humildad y el arrepentimiento.

CASANDRA, sombríamente.

Así será tal vez.

CEBRIAN

La víctima intercede por su matadora. (Siente Casandra un estremecimiento frío, que recorre todo su cuerpo.) Si no se decide usted á dar al dinero la aplicación que indico, hay otros fines y objetos piadosos á que dedicarlo, con gran provecho de su alma... *Verbigratia*: solemne novenario impetrando de la Santísima Virgen que á usted conceda consuelo y paciencia en su tribulación... misas por los difuntos de usted, padre, madre, ó por quien más le interese... socorros á monjas pobres, que dedicarán á usted sus oraciones... (Larga pausa. En cuanto dice el señor de Cebrián, ve Casandra una resurrección del pensamiento y de la voluntad de doña Juana. Contra esta visión se recobra su espíritu, armándose de fortaleza.) ¿Qué decide?

CASANDRA

Nada. Ese dinero no es mío... y no siendo mío, no puedo ni debo aplicarlo á objeto ninguno.

CEBRIAN, contrariado, buscando otro medio de persuasión.

Bueno... Con todo, no renuncio á convencer á usted... (Tenaz, fecundo en recursos abogaciles.) Otra idea se me ocurre: con este dinero mejoraré la situación de los niños de usted... ahora ó cuando más necesitados estén de amparo.

CASANDRA, rompiendo á llorar.

¡Oh... mis pobres niños!... ¡Qué será de vosotros, hijos de una madre criminal, encarcelada, infamada para toda su vida, si con vida la dejan!... Hijos de mi alma, ¿por qué nacisteis?

CEBRIAN

Llore usted, llore. No haré yo la tontería de consolarla. ¡Dichosa el alma que en ese raudal de penas se ahoga y se limpia!... (Bondadoso y persuasivo.) Casandra, desdichada Casandra, ¿quiere usted que yo recoja á sus hijos y los lleve á una institución religiosa... (Casandra deniega energicamente, extendiendo su brazo) á una casa venerable, donde serán criados y educados en la ley de Dios?

CASANDRA, atormentada por recuerdos pavorosos, ve surgir del sepulcro de doña Juana la idea de ésta respecto á los niños.

No, no. Les enseñarían á aborrecerme, á olvidarme, y yo no quiero que mis hijos me olviden. (Se levanta; da vueltas desordenadamente por la sala, las manos en la cabeza.)

CEBRIAN

Sea usted razonable. ¿Qué puede esperar ya? ¿Por ventura, piensa que podrá reunirse con sus hijos? ¿tenerles á su lado? Si eso piensa, es que no les ama... Sea usted menos soñadora, Casandra... y más cristiana.

CASANDRA

¡Oh, señor! déjeme y no me atormente más

CEBRIAN, insistiendo sin piedad.

Les educaremos en Dios... Esta cantidad les asegurará la subsistencia por algún tiempo... Y cuando se acabe, no han de faltar personas piadosas y ricas que den más.

CASANDRA, exaltándose, alza la voz.

No quiero... Mis hijos son míos... No son de nadie, sino míos, míos...

CEBRIAN

De usted nacieron. Carne de usted son; pero las almas...

CASANDRA

Mías también.

CEBRIAN

Las almas son de Dios.

CASANDRA, con desvarío.

De Dios es todo... sí... Pero no quiero... no, no quiero. (A los gritos de Casandra acude la Hermana.)

ESCENA X

CASANDRA, CEBRIAN.—LA HERMANA; después ROSAURA

LA HERMANA

¿Qué es esto, hija mía?

CASANDRA

Este señor me enloquece. Quiere quitarme á mis hijos.

CEBRIAN

No es eso, no. Es que se acalora sin motivo. No tiene humildad.

LA HERMANA

Este señor es bueno y sabe mirar por los desgraciados... Casandra, sosiégate; ven aquí. (Cariñosa.) ¡Ay, ay! ¡Cuando tu amiga doña Rosaura sepa que pierdes así la serenidad...!

CASANDRA, suspirando por su amiga.

¡Rosaura!

LA HERMANA

Y voy á decírselo. Está en la habitación del Director... Como tienes visita, no ha querido pasar.

CASANDRA, corriendo hacia la puerta.

¡Rosaura...!

CEBRIAN

Que venga esa señora, y ella dirá si tengo razón. (Entra Rosaura. Casandra se arroja en sus brazos llorando.)

ROSAURA, reparando en el visitante.

¡Ah!... señor don Francisco...

CEBRIAN

Señora mía, por lo que me oyó decir esta mañana, sabe usted á lo que vengo.

ROSAURA

A devolver á Casandra lo que... Ya dije á usted que no querría tomarlo... (Casandra confirma su negativa con gran tenacidad.)

CEBRIAN, ofreciendo el sobre á Rosaura.

Pues recíbalo usted y dele el destino que le parezca mejor.

CASANDRA, estrechándose más contra su amiga.

No, Rosaura... recházalo.

ROSAURA

Y ve usted... no puedo tomarlo.

CEBRIAN, con solemnidad oratoria.

He tratado por diferentes medios de hacer efectiva la voluntad de aquella santa, de aquella mártir... Pues la favorecida con esta limosna atiende más á los requerimientos de su orgullo que á los de la humildad, más á la ira insana que á la gratitud consoladora; pues no aprecia ni estima el sublime perdón... (Levántase.) No, no sigo. Noto que mis palabras dulces encienden más su desaforada soberbia... Esta suma ingresará en la testamentaria y será dedicada á un objeto piadoso... Así creemos interpretar la voluntad de la donante... de la desairada donante... y mártir... Señoras, adiós. (Se retira con grave paso; tras él la Hermana.)

ESCENA XI

CASANDRA.—ROSAURA

CASANDRA, oyendo los pasos lejanos de Cebrián.

Se ha ido... ¿Volverá? ¡Qué suplicio! Ese hombre me quita el arrepentimiento

ROSAURA

Pasó el mal rato. Tranquilízate.

CASANDRA

Insiste ese hombre en la terrible idea de criar y educar á mis hijos lejos de mí... ¡Y me pide humildad! (Besando á su amiga.) Humilde seré contigo, Rosaaura. Tú eres mi paz, tú harás de mí lo que quieras.

ROSAURA, risueña.

Y más ahora... que vengo á traerte buenas noticias.

CASANDRA, con súbita alegría.

¿Sí? Dímelas pronto. Sentémonos.

ROSAURA

Por un ratito no más. Tengo que irme pronto.

CASANDRA, secando sus lágrimas.

No me tengas en esta ansiedad. ¿Qué hay? ¿Has visto á los niños?

ROSAURA

Como todos los días. De allá vengo... Agradecida puedes estar á Cayetana, que te los cuida admirablemente.

CASANDRA

¡Oh, no ha sido poca suerte que la guardiana sea tan buena!

ROSAURA

Ella es beata de las que se comen los santos, atiborrada de supersticiones ridículas; pero no ha perdido el corazón, como otras que se entregan á la idolatría... Pues á Héctor le llevé una espada, y á Aquiles un álbum de animales...

CASANDRA

¡Ángeles míos, quién pudiera veros, aunque no fuese más que un minuto!

ROSAURA

Espero que podrás verlos.

CASANDRA

No me lo digas, que me trastorno de alegría... Sigue; hay más. En tu cara de rosa, en tu cara de Virgen del Carmen, leo que aún no me has dicho lo mejor. ¿Qué es, qué es?

ROSAURA

¿No lo adivinas? Ha parecido el *leopardo*.

CASANDRA, palideciendo de emoción.

¡Ay, Rosaura mía! Lo soñé, lo he soñado anoche. ¡Pareció! Dímelo todo de una vez... En mi sueño he visto al *leopardo* en su caverna, tan loco como antes, y amándome más que antes. ¿Es así? (Afirmo Rosaura gozosa.) Dios te premie la buena noticia. No me cuentes lo demás por si es menos agradable que esto.

ROSAURA

La caverna en que le han descubierto Ismael y Zenón es la casa de Adrián Berdejo...

CASANDRA

Concepción Jerónima... Relojería.

ROSAURA

Allí. Berdejo ha heredado también su pico; es sobrino de don Hilario en tercer grado... Pues Rogelio ha estado enfermo.

CASANDRA, asustada.

¿Qué ha sido? ¿La neuralgia facial?

ROSAURA

No... Reúma... en una pierna.

CASANDRA

¡Ciática! Ya la tuvo una vez. ¡Pobrecito mío! ¡Y que no le cuidara yo!

ROSAURA

Está bien. Ya puede andar... con un poquito de cojera. Se ha quedado demacradísimo, del sufrimiento moral más que del físico.

CASANDRA

¿Y le dijo Ismael que le perdono todo lo que me ha hecho?

ROSAURA

Se lo dijo; pero él no lo ha creído. Su tristeza es increíble, como la del enfermo incurable que nada espera de la medicina. ¡Y qué cosa tan rara!... Sostiene que sus acciones no han sido malas.

CASANDRA

¿Y el engañarme diciendo que llevaba de paseo á los niños? ¿Y el entregarlos á la Yagüe?

ROSAURA

Esas, según él, no son maldades, sino combinaciones fallidas, martingalas que han salido al revés... Así lo dice al menos, por hacerse el valiente. Su plan era engañar á la pobre doña Juana; trincar los milloncejos, y asegurados éstos por escritura pública, dar esquinazo á Casilda, recobrar los niños y devolverlos á su madre.

CASANDRA

Por el maldito dinero, que es su fiebre, su locura, se lanza al delirio de las combinaciones... Es como un juego de cubiletes, en que pone la Muerte y la Vida, el Cielo y el Infierno. ¡Qué hombre tan extraño! ¡Qué moral la

suya! (Suspira.) Dios me ha puesto en el corazón el amor que tengo á Rogelio, para que pueda yo tener también la mayor cantidad de perdón que se puede dar á las criaturas...

ROSAURA

Pues, según dice Ismael, no serán tan fallidas las combinaciones del *leopardo*.

CASANDRA

¿Crees que, aun rechazando el caserío con la Nebrija, Rogelio heredará?

ROSAURA

Pronto lo veremos. Los testamentarios están divididos en la manera de apreciar ese asunto. Insúa sostiene el derecho de Rogelio...

CASANDRA

¿Y mis niños estarán libres de toda combinación?

ROSAURA

Naturalmente... Es lo que me quedaba por decir... (Risueña, efusiva.) Sabrás que Ismael, por encargo de Rogelio, los sacará mañana del poder de la Yagüe para llevarlos... ¿no adivinas á dónde?

CASANDRA, con emoción y júbilo.

A tu casa... Mis hijos vivirán con los tuyos, y tú serás su madre interina. (Se besan.) Quizás lo seas permanente. (Pausa; ambas suspiran. Rosaura se levanta.) Quédate un poquito más.

ROSAURA

Perdóname. Ya sabes que no puedo. Ya te di las buenas noticias de hoy. Mañana espero dártelas mejores.

CASANDRA

¿Mejores?... Anticipámelas.

ROSAURA

No puede ser. Necesito asegurarme...

CASANDRA

Eres mi ángel tutelar. Madre y hermana veo en tí.

ROSAURA

Como hermana y como madre trato de ayudarte á llevar tu pesada cruz. Un delito cometido en momentos de exaltación horrible acumuló sobre tu pobre cabeza todas las desgracias. Hermana, yo trataré de endulzar tu cáliz.

CASANDRA, con efusión de piedad.

Tú eres mi religión, tú eres mi cristiandad. En tus manos pongo mi espíritu. A Dios me entrego, por mediación de tí, que eres una santa.

ROSAURA

Santa no soy. Cumplo mis deberes sin aparato.

CASANDRA

Eres la santa humana. Ante tí valen pocas las que en figuras ridículas pueblan los altares. Yo te reverencio, Rosaura.

ROSAURA

No te pido reverencia, sino sumisión de hermana menor. Menor eres por tus desdichas... Obedéceme y espera resignada el porvenir doloroso, que suavizaremos todo lo que se pueda.

CASANDRA, besándole las manos

Gracias infinitas á tí.

ROSAURA, en actitud de salir.

Vaya... te diré, como despedida de hoy, que en esta triste casa, todos, Director y Hermanas, están contentos de tí. Así te quiero... No te quejarás de tu instalación, ni de la relativa comodidad que disfrutas.

CASANDRA

Nada me falta, gracias á Ismael y á tí.

ROSAURA

No somos los únicos que por tí se interesan. Cuando supo Zenón que te pagamos el trato de preferencia, se puso furioso porque no le dimos parte en esta obra de caridad. (Casandra sobrie.) Hija, está más chillado que nunca... Ha dicho que la mitad de su herencia la destina al negocio de la usura; la otra mitad á conseguir tu absolución...

CASANDRA

¡Generosa locura!

ROSAURA

Y que no se para en barras. El corrompera jueces y fiscales, y al Jurado en masa... Habla

también de arreglarte una bonita evasión teatral... todo á fuerza de dinero. (Casandra rie.) Ea, ni un segundo más. Adiós.

CASANDRA

Adiós, fe y esperanza mía. (En la puerta, besándose.) Que no me faltes mañana. No tengo sosiego hasta saber...

ROSAURA

Paciencia y confianza. (Sale.)

CASANDRA, sola en su aposento, agitada, dando aire y espacio á sus cavilaciones.

Corazón mío, no saltes, no vuelles... ¡Veré á mis hijos, veré á Rogelio! Verles aquí es alegría encerrada en la mayor de las penas... Rogelio comprende por qué estoy aquí; pero los pobres niños, ¿qué creerán, qué pensarán viéndome enjaulada y guardada como una fiera?... Angeles son, y como ángeles no saben lo que es crimen... ¡Que no lo sepan nunca, que crezcan sin saberlo! Rosaura y yo les engañaremos... les haremos creer que estoy aquí por... (Meditando) por... Ya encontraremos la mentira piadosa... Y así no sabrán, no sabrán lo que es crimen... y llegarán á ser hombres sin saberlo... La bondad de Rosaura lo puede todo... (Cruzando las manos en actitud de oración.) ¡Oh, mi ángel tutelar, yo te obedeceré ciegamente, y mi voluntad será espejo de la tuya!... (Vuelve á su inquieto pasear.) ¿Qué será la mejor noticia que mi ángel me anunció para mañana? Temo figurarme cosas demasiado buenas, inverosímiles... Pensaré lo peor. ¿Será...? ¡Ay de mí! no puedo librarme de pensar lo mejor. ¿Será que

Rogelio quiere al fin ser mi marido?... ¡Esposo de una criminal! ¡Imposible! No quiso serlo cuando yo era buena... ahora menos... ¿Qué será? vuelvo á preguntarme... Pregunta, no me acoses, ó tráeme contigo la respuesta. (Oyese el rumor lejano de las presas que salen á un patio en la hora de recreo.) Mis compañeras de prisión ríen y se solazan. No piensan, no esperan, no tienen delante la ansiedad del Mañana... Yo devano esta infinita madeja y hago un ovillo infinito, que vuelve á ser madeja... y yo siempre, siempre ovillando... ¿Será lo imposible? ¿Será...?

ESCENA XII

Entresuelo en la relojería de Adrián Berdejo. Es habitación de techo bajo, con dos menguadas ventanas á la calle. Relojes de pared de diferentes formas y variadas muestras cubren los muros casi totalmente. Los unos duermen; otros en gran número velan, marchan y cuentan las horas con el rítmico *tic-tac* de sus escondidos mecanismos.—En un ángulo del piso se ve el boquete de la escalera de caracol que comunica el entresuelo con la tienda.—Junto á una de las ventanas, mesa-escritorio comercial. Enfrente, cajas y paquetes que contienen material de relojería.

ROGELIO, en la mesa, engolfado en un trabajo interminable. Escribe, tacha, rasga, y vuelve á escribir;
ADRIÁN BÉRDEJO, que después asoma por la escalera.

ROGELIO

Todo se me arregla para disculparme; todo puedo reducirlo á lógica y á los cánones de una moral elevada. Pero el hecho de aquel día, de

aquel viernes funesto, no puedo, por más vueltas que le da mi prestidigitación de las ideas, traerlo á buena conformidad con mi conciencia... Fuí el más indigno de los hombres cuando dije á Casandra: "llevaré á los niños á paseo," y al decirlo fingí la tranquilidad con que se realizan los actos comunes de la vida... ¡Enmascararme de alegría serena para sacar á los niños; engañar á la madre con tan horrible mentir de mi rostro y de mis palabras; llevar á los hijos suyos y míos á la caverna tenebrosa de aquella bruja, Cayetana Yagüe...! Cuando de esto me acuerdo, y repito en mi mente la acción de aquel día, me desprecio tanto, tanto, y tanto me repugno, que vomitaría mi alma si vomitarla pudiera... Judas, besando á Cristo para entregarlo á sus verdugos, fué más noble y más honrado que yo. Y así como Judas se presentó luego al Príncipe de los sacerdotes para que le pagaran lo convenido por la venta del Justo, yo me fuí á ver á *Baalbérit*, que en el mundo lleva el nombre de Cebrián, y alargué mi mano diciéndole: "Hecho está lo que ordena tu falso ídolo doña Juana. Págame ahora..." (Se golpea el cráneo.) ¡Oh vil entre los viles, merecedor de que los cerdos inmundos y las serpientes venenosas no quieran trato ni roce contigo! Perece; quitate de entre los vivos. No eres digno de vivir ni aun para arrojarte ante Casandra y pedirle perdón, un perdón que ella no ha de darte... (Se golpea con más furia. Asoma Berdejo por el escotillón, mostrando sólo la cabeza y hombros.)

ADRIÁN

¡Eh!... que te oigo desde abajo... que no quiero oírte desatinar... que te sacudiré si no